El apartamento

Robe Ferrer

Image not found.

Capítulo 1

EL APARTAMENTO

Estaba solo en su apartamento. Igual que el día anterior. Igual que todos los días
desde hacía cinco años que se había independizado de sus padres y había decidido
alquilar aquel pequeño apartamento en el centro de la ciudad. Gracias a su trabajo podía
permitirse pagar la tan elevada cantidad que pedían por el arrendamiento.

La vivienda no era gran cosa, contaba con una cocina americana que se encontraba separada del salón por una barra parecida a la de los bares. El baño quedaba
justo enfrente de la cocina y haciendo esquina con el pequeño pasillo que conducía a las
dos habitaciones con las que contaba la casa. Un horrible cuadro, que ya se encontraba
en la casa cuando la alquiló, presidía la pared del fondo de aquel pasillo. Otros dos
cuadros, tan feos como aquel, decoraban la pared que daba a los pies de su cama y otro
encima del sofá. En la esquina inferior derecha de los tres se observaba la misma rúbrica
indescifrable, por lo que había llegado a la conclusión que los tres eran obra del mismo
artista. Los tres debían pertenecer a una misma colección, ya que en todos aparecían
edificios religiosos. El más pequeño de los tres, el del pasillo, representaba una iglesia
románica, pequeña, sin grandes adornos exteriores. El segundo en tamaño, el del salón
tenía pintada una iglesia de mayor tamaño que la anterior de estilo gótico, en la que se
veían vidrieras y arcos de medio punto en los ventanales. El mayor de todos los cuadros,
el de su habitación, era el más extraño de todos y el que más respeto le infundía. En él
había dibujada una gran catedral de estilo barroco con sus fachadas fuertemente
decoradas. Los cuadros no eran realistas, eran como bosquejos de una

obra que nunca se
llegó a finalizar. Eran horrendos. Sólo contemplarlos le ponía los pelos de punta. Sin
embargo, no se había atrevido a retirarlos porque le daba pavor tocarlos, como si algo
malo pudiera pasar al retirarlos de las paredes. Tenía la sensación que abriría una puerta
a una dimensión desconocida y sería como destapar la caja de Pandora.

El resto del mobiliario era algo sencillo. En el salón había un sofá y una mesa de
centro, una lámpara de pie y una mesita donde tenía varios libros y un teléfono, un
mueble bajo en el que tenía una televisión plana, un reproductor DVD y varias
películas. Al lado de la ventana, había una estantería en la que tenía un equipo de
música y varias colecciones de libros. La televisión se encontraba conectada al equipo
de música para escucharla a través de los altavoces del mismo. En la cocina tenía dos
taburetes, una nevera casi vacía, una vitrocerámica y un horno. Una de las habitaciones
se encontraba presidida por una mesa de ordenador con una computadora
sobre ella. Al lado del monitor había dos altavoces y un equipo multifunción. Al lado de la mesa
descansaba una silla de oficina de color azul. En la pared del fondo había una estantería
metálica en la que guardaba productos de limpieza y algunos alimentos no perecederos.
Había creado una despensa-oficina. La otra habitación tenía una cama de matrimonio,
una mesita con un teléfono y una pequeña lámpara; el armario era empotrado con
puertas de espejo.

¡POM!

Un golpe sordo en el baño y de pronto la televisión se había encendido sola. Eric
se levantó de un salto del sofá y dejó caer el libro que tenía sobre su regazo. Se había
quedado dormido y, seguramente, al moverse había apretado el mando a distancia
haciendo que la televisión se encendiera.

¡POM!

De nuevo aquel ruido en el baño. Se puso en pie y miró la hora en el display de
la minicadena. Eran las doce y media de la noche. No recordaba como se había quedado
dormido ni a qué hora se le echó el sueño encima. Recordaba haber llegado a su casa a
las nueve de la noche después de un largo entrenamiento de carrera. Había estado
corriendo cerca de una hora y media a un ritmo alto, un poco por debajo de los cuatro
minutos y medio por kilómetro. Al llegar a su casa se había dado una ligera ducha y se
había preparado una cena a base de huevos cocidos, atún y un poco de queso blando.
Después de aquello, no recordaba nada más. No tenía conocimiento de cómo había
llegado al sofá y cuantas páginas del libro había leído. Sabía qué libro estaba leyendo
porque reconoció la portada, pero no recordaba haberlo cogido de la mesita de noche de
la habitación.

¡POM!

Por tercera vez se escuchó aquel sonido procedente del baño. Se acercó hasta la
puerta que daba al cuarto de baño. Estaba cerrada, como siempre la tenía. Abrió
lentamente tras encender la luz en el interruptor que se encontraba en el exterior. No
había nadie, como era de esperar. ¿Y a quién esperaba encontrarse?, ¿a Bob Esponja
corriendo por los bordes de la bañera y tirando los botes de gel y champú a su interior?,
quizá esperaba encontrarse con una mujer desnuda dándose un baño o a un miembro de
la mafia intentando escapar a través de su desagüe. Tenía que dejar de leer tantos libros
de ficción y de ver tantas películas de terror.

Cerró nuevamente la puerta del baño y apagó la luz. Regresó al sofá y recogió el
libro que se encontraba en el suelo abierto por una página concreta, la última página que recordaba haber leído el día anterior. Por lo visto, aquella noche no había conseguido
leer tan siquiera una página antes de caer dormido. Le puso el

marcapáginas en el lugar
correspondiente, cerró el libro y lo depositó sobre la mesita auxiliar. La televisión
continuaba encendida en un canal sin señal y en la pantalla sólo se veía lo que
comúnmente era conocido como aguas o nieve en la televisión. Cientos de miles de
puntos blancos y negros danzaban en la pantalla con un extraño compás. Eric cogió el
mando a distancia y apretó el botón de apagado pero nada ocurrió en la pantalla. Sin
embargo, el equipo de música se encendió permitiendo escuchar el molesto siseo que
emitía el canal sin señal que estaba sintonizado. Eric repitió el proceso y volvió a pulsar
el botón de apagado del mando a distancia. Lejos de cesar, el volumen se incrementó
más. Tiró el mando contra el sofá y procedió al apagado manual de la televisión,
pulsando directamente el botón situado en la parta baja del aparato. No había respuesta.
Acudió hasta la estantería para apagar el equipo de música y tampoco lo consiguió por
más veces que apretó el botón. Harto de aquello, procedió a dar un tirón a los cables de
alimentación que salían de los aparatos y se incrustaban en una toma de electricidad de
la pared. Tanto la televisión como la cadena seguían funcionando.

¡POM!

De nuevo aquel ruido sordo en el cuarto de baño. Eric soltó los dos cables que
acaba de desconectar de un tirón y se encaminó otra vez al aseo. No había dado más de
tres pasos cuando se detuvo como si algo hubiese llamado su atención en la pantalla del
televisor. Aquella nieves, aquellos centenares de miles de puntos monocromos bailando
en la totalidad de las cuarenta pulgadas de la pantalla no deberían estar allí. Desde la
entrada de la televisión digital, aquellas imágenes no se producían. Cuando no había
señal de antena la pantalla se quedaba en negro con un pequeño cartel que indicaba “sin
señal”.

¡POM!

El nuevo golpe le devolvió a la realidad del lugar en el que se encontraba. Acudió al baño y, tras encender la luz, abrió la puerta. Al igual que la vez anterior no
había nadie en el lugar.

¡POM!

Esta vez el ruido no procedía del baño si no de la habitación que él había convertido en estudio. Acudió hasta allí sin encender las luces. Entró en la habitación y
encendió la luz. La encontró tal y como la había dejado varias horas antes. Había algo
en su mente que no acababa de ver. Algo había llamado su atención al acudir a aquel cuarto pero no lograba saber de qué se trataba. Apagó la luz y salió nuevamente al
pasillo.

Por el rabillo del ojo observó un ligero movimiento. Se giró a su derecha noventa grados pero no había nada en aquel lugar. Debía haber sido su propio reflejo en
el cristal del cuadro. Eso era. El cuadro. Aquel cuadro que mostraba una pequeña iglesia
románica había cambiado. Los tonos negros habían sido sustituidos por tonos rojos tan
oscuro que parecían marrones.

¡POM!

Eric entró de nuevo en la habitación, esta vez sin dar la luz, y esperó. La oscuridad era total salvo por el pequeño led de encendido de la pantalla del ordenador
que se encontraba parpadeando en tono naranja.

¡POM!

Provenía del exterior. Del pasillo que daba acceso a los apartamentos. ¿Quién
sería el trastornado que estaría golpeando las paredes a aquella hora de la noche?

Salió al pasillo de su casa y, con la luz que le llegaba desde la lámpara de pie del
salón, llegó hasta la habitación principal de la vivienda y luego a la puerta. Echó un
vistazo a través la mirilla pero no vio nada. Intentó abrir la puerta pero por más que

apretaba la manilla hacia abajo y tiraba de ella, la puerta no se abría. Alguien lo había
encerrado en su propia casa. Tendría que llamar a la policía o a los bomberos. Aún le
quedaba la opción de salir por la ventana del salón que daba a la escalera de incendios y
desde ahí descender hasta la calle para acudir a la comisaría más cercana. Cuando se
encaminaba hacia la ventana cayó en la cuenta que no había podido abrir la puerta
porque la tenía trancada con la llave. Cogió su llavero con cinco llaves del pequeño
cenicero en el que las tenía en la encimera de cocina, próximas a la puerta, y giró la
llave dos veces para dejar la puerta sin el cierre y que nada le impidiera abrirla.

Agarró la manilla y la empujó despacio hacia abajo. ¡POM!

Eric se asustó y soltó la manilla de golpe. El ruido había sido más fuerte que en
las ocasiones anteriores. Asió nuevamente la manilla de la puerta y la abrió lentamente.
La puerta se desplazó varios centímetros hacia adentro para que Eric pudiera mirar por
el pequeño hueco que se había formado. En el pasillo no había nadie.

¡RIIIING!, ¡RIIING!

El viejo teléfono estaba sonando en su casa. ¿Quién podría llamar a aquellas
horas? Todo el mundo sabía que una llamada a un teléfono fijo a partir de ciertas horas
sólo podía significar una cosa: malas noticias.

Entró en la vivienda para contestar rápidamente y evitar que el teléfono siguiera
sonando y despertase a todo el vecindario. A su espalda, la puerta del apartamento se
cerró con un fuerte golpe que sobresaltó a Eric.

¡BLAAAM! ¡RIIING!, ¡RIIING!

Eric se sobresaltó y giró hacia la puerta. Al ver que se había cerrado sola se giró
de nuevo y corrió hacia el teléfono a contestar. El sonido de la nieve de la televisión se
seguía escuchando a través de los altavoces del equipo de música.

Levantó el auricular y
respondió a la llamada. Al otro lado de la línea pudo sólo se escuchaba ruido. Cientos
de voces mezcladas, que no pudo identificar, le decían cosas incoherentes; palabras
sueltas que no tenían ningún sentido: ciudad, reunión, raíces, cabina, tráfico, reloj.
Aquellas fueron algunas de las palabras que había conseguido separar del resto. ¿Qué
significaría todo aquello?

¡POM!

Esta vez estaba seguro que el golpe había sido en su puerta. Colgó el teléfono y
se fue sin dilación hacia la puerta de su apartamento. Observó el pasillo a través de la
mirilla. El pasillo se encontraba vacío otra vez. ¿O quizá no? Eric miró con
detenimiento un pequeño bulto que se encontraba apoyado en la pared del otro lado del
pasillo, frente a su puerta. No podía identificar que era aquel objeto pero estaba seguro
que instantes antes no se encontraba allí. Abrió la puerta y se acercó al objeto del
pasillo. Se trataba de un ramo de flores marchitas que algún gracioso había dejado
frente a su puerta en lugar de tirarlo al contenedor. Cogió el ramo y, nuevamente, entró
en su apartamento. El televisor se había apagado tan misteriosamente como se había
encendido. Las luces de la sirena de una ambulancia se colaron por la venta de su salón.
Algo había pasado en la calle. Se acercó a la ventana para ver qué había sucedido. Dejó
el ramo sobre la barra de la cocina y cruzó el salón. Antes de llegar a la ventana algo
llamó su atención. El cuadro que presidía la pared del salón había cambiado al igual que
lo había hecho el del pasillo. Los tonos negros de la pintura se habían vuelto de un color
rojo oscuro de tal forma que parecía marrón. Como si hubiera sido pintado con oxido o
con sangre. La iglesia gótica con sus vidrieras había dado paso a un desolado paisaje en
el que se observaban dos grandes túmulos coronados con dos cruces. Las
piedras que formaban los túmulos realmente eran calaveras. Aquellas cuencas vacías de ojos
parecían mirarlo. Se quedó absorto mirando aquel nuevo y tétrico cuadro

que colgaba de
su pared.

¡POM!

El enésimo golpe lo sacó de su ensimismamiento y le hizo recordar que en la
calle había pasado algo y que él quería mirar por la ventana a ver qué sucedía. Se
aproximó al cristal y miró a través de él. En la calle, una ambulancia se encontraba
detenida frente a su ventada con las luces de la sirena bañando las fachadas de los
edificios cercanos. Alrededor de la ambulancia no había nadie. Tampoco se observaban
restos de un accidente de tráfico. Cuando iba a retirar la mirada del exterior, una camilla
conducida por dos enfermeros salió del portal de su edificio para ser introducida en la
parte trasera de la ambulancia. El vehículo abandonó la calle a toda velocidad. ¿Quién
iría en aquella camilla? Al día siguiente le preguntaría al conserje.

¡RIIING! ¡RIIING!

El teléfono volvía a sonar. Descolgó inmediatamente. "El teléfono marcado no
existe". Una voz automatizada le acababa de informar que el teléfono que él había
marcado no existía. Eric no salía de su asombro. ¿Qué clase de broma era aquella? Él no
había marcado ningún teléfono; él había sido el que había recibido la llamada. Colgó el
auricular con un fuerte golpe y, sin saber porqué, miró hacia la barra de la cocina. El
ramo de flores había desaparecido. Entonces miró hacia el cuadro del salón para
comprobar si había sufrido algún cambio. Nada había cambiado. Aquel horrendo cuadro
seguía siendo como hacía unos minutos. ¿O quizá no? A Eric le pareció ver que cerca
de los túmulos había dos cuervos que antes no estaban. Lo más probable era que él no
se hubiera fijado.

Empezaba a estar cansado y necesitaba dormir. Apagó la luz de la lámpara de
pie y encendió la luz del pasillo para irse a acostar. Cuando recorrió el

pasillo, se detuvo
frente al cuadro que se encontraba en la pared y lo observó con detenimiento. La pintura
de la iglesia no sólo había cambiado de color, si no que la iglesia no era la misma que la
de la pintura original. Ambas eran muy parecidas pero no eran iguales.

¡POM!

Otra vez aquel golpe. Pero esta vez había sido más lejano, como si se hubiera
producido en el pasillo del edificio, pero lejos de su domicilio.

Apagó la luz del pasillo y entró en la habitación principal. Accionó el interruptor
de la luz pero la bombilla no se encendió. Apretó varias veces el pulsador sin resultado.

Salió nuevamente al pasillo para encender aquella luz y, justo al traspasar el umbral de
la puerta, la bombilla del techo de la habitación de encendió. Eric dio media vuelta y
entró en el cuarto. Sobre la cama reposaba el ramo marchito que había recogido minutos
antes del pasillo del edificio. Sin embargo, aquella cama no era su cama. Aquella cama
tenía un cabecero de hierro que había ido perdiendo la pintura y oxidándose y la colcha
que cubría el colchón tenía un color mugriento sobre el blanco original y presentaba
varios agujeros en toda su longitud. Su cama era un canapé de madera abatible con un
colchón de látex cubierto por un edredón nórdico. Miró la mesita de noche para
comprobar si había habido cambios en la misma. El mueble se encontraba en perfecto
estado con la lámpara y el teléfono sobre ella. Entonces miró la pared que se encontraba
a los pies de la cama. Más concretamente al cuadro que allí se encontraba presidiendo la
pared, para darle las buenas noches cuando se acostaba y los buenos días cuando
despertaba.

Al igual que los otros dos, este cuadro también había cambiado. La gran catedral
de estilo barroco había dado paso a lo que parecía ser la plaza de un pueblo desconocido

para él. En la imagen se podía ver una vieja marquesina de metal con los cristales, que
protegían a sus usuarios del viento, hechos añicos. Un poco a la derecha de la parada de
autobús, había una cabina de teléfono cuyo auricular colgaba del cable y su armazón
metálico se encontraba oxidado por las inclemencias del tiempo. Justo detrás de
aquellos dos objetos se podía ver la fachada de un edificio con una pequeña escalinata
que acababa en una gran puerta de metal que también se encontraba oxidada. Sobre
dicha puerta, había una inscripción en un idioma que no conocía "Ayuntamiento de
Huerga de Vidriales"; por lo poco que sabía de idiomas, podría tratarse de español,
francés, portugués o italiano, aunque no descartaba que se tratase de cualquier otro
idioma. Por encima de la citada inscripción, un reloj parado marcaba las siete y cinco
minutos. La hora del fin del mundo. En el primer plano de la imagen se veía un viejo
cartel descolorido que colgaba de un oxidado soporte. El cartel anunciaba una marca de
cerveza desconocida para él: "Mahou". La publicidad figuraba en letras blancas sobre
fondo rojo y sobre ellas dos jarras de cerveza. Debajo del cartel publicitario colgaba
otro cartel de menor tamaño con lo que Eric supuso que era el nombre del

establecimiento: "Bar La Vereda", aunque no entendía el significado de las palabras.

No tenía la menor idea de lo que representaba aquel cuadro ni que era aquel
sitio, pero una cosa tenía segura. No le gustaría estar allí ni por todo el oro del mundo.

¡POM!

Aquel molesto golpe otra vez. Pero esta vez venía de un sito distinto. Esta vez
parecía provenir del interior de aquel cuadro que mostraba una escena postapocalíptica.

¡RIIING! ¡RIIING!

Nuevamente el teléfono de su apartamento sonaba en aquella extraña noche.
Respondió desde el supletorio de su habitación. Un ruido metálico y molesto sonó al
otro lado de la línea. Como si alguien rascara una sartén con un tenedor con tanta fuerza
que quisiera atravesarla. Con una mueca de desagrado colgó nuevamente el auricular en
su sitio.

Dirigió su mirada a la cama y observó que el marchito ramo había desaparecido.
Sin saber porqué, su mirada se dirigió ahora hacia aquel cuadro que instantes antes
había cambiado. Pudo apreciar un nuevo cambio. Pequeño, pero, a la vez tan
importante, que lo desconcertó por completo. En la imagen había aparecido la silueta de
una persona junto a la cabina de teléfono. Tenía el auricular en su mano y lo apoyaba
contra su cara como si estuviera manteniendo una conversación.

¡RIIING! ¡RIIING!

Eric descolgó otra vez el auricular y, al igual que en la anterior ocasión, un

estridente ruido metálico sonó al otro lado de la línea. “Tienes que venir”. Escuchó
decir en su idioma. Después, silencio. Nada más que silencio. Miró otra vez al cuadro y
la silueta había desaparecido. El teléfono de la cabina había vuelto a la posición inicial,
con el auricular colgando del cable.

Necesitaba despejarse. Se estaba comenzando a volver loco. Tenía que aclarar
sus ideas. Necesitaba aire fresco.

Acudió hasta la ventana para abrirla y que la brisa nocturna aclarase su cabeza.
Accionó la manilla para la apertura del cristal pero estaba sellada al marco. Era
imposible de abrir. Tiró y tiró con todas sus fuerzas pero no consiguió despegarla del
cerco. Lleno de rabia y frustración golpeó el cristal con su puño pensando que, aunque
tuviera que repararlo, merecería la pena que se rompiera. Sin embargo, nada ocurrió, el

cristal no se rompía. En aquel instante, y cegado por la ira, cogió el teléfono que se
encontraba en la mesilla de noche y golpeó el cristal una y otra vez con el auricular sin
conseguir fracturarlo. Cansado de aquella maniobra, acudió a la ventana del salón.
Aquella tenía que abrirse. Momentos antes había estado asomado a ella. ¿O no había
llegado a abrirla? No lo recordaba, pero daba igual.

Al llegar al salón, el cuadro que colgaba sobre su sofá también había cambiado.
El ramo que había recogido del pasillo había aparecido en aquel cuadro, a los pies de
uno de los túmulos que en él se observaban.

Decidió ignorarlo y se dirigió a la ventana para abrirla, pero al igual que en el
caso de la de su habitación, no consiguió abrirla ni romper el cristal, por más que lo
golpeó con todos los objetos que encontró en el salón.

Tenía que refrescarse como fuera, así que decidió acudir al cuarto de baño y
mojarse la cara y la nuca. Aquello lo aliviaría.

Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua fría del lavabo. Un chorro
fresco y potente chocó contra la porcelana salpicando diminutas gotas de agua hacia el
exterior. Metió las manos bajo el chorro y cogió un poco de agua que se arrojó con
fuerza sobre la cara. Repitió la acción dos veces más y, finalmente, con las manos
mojadas se humedeció la nuca. Levantó la cabeza y vio su cara en el espejo. Tenía
ojeras por falta de sueño y unas pequeñas arrugas habían empezado a aparecer en la
frente. Cerró los ojos y bajó la cabeza hacia el lavabo. Cuando levantó la cabeza y
volvió a abrirlos la imagen del espejo había desaparecido. Su cara no se reflejaba en el
cristal. Únicamente podía ver la bañera. Si miraba hacia abajo veía el borde del lavabo,
y si miraba a la izquierda podía ver el borde del retrete. Se hallaba encerrado en el
interior del espejo y no había forma de salir de allí por más que golpeaba el cristal que

lo separaba de su mundo. Una silueta que se encontraba en su cuarto de baño miró hacia el espejo. Era la misma figura a la que momentos antes había visto en la cabina de teléfono del cuadro de su cuarto. Esa persona era él mismo. Era él mismo pero su rostro se encontraba desdibujado. La silueta se giró para salir de la estancia. Estaba seguro, esa figura era Eric, pero no era él mismo. Golpeó aquel cristal que lo separaba de su cuarto de baño. ¡POM!, ¡POM!, ¡POM!

Cuando el propietario del inmueble entró en el apartamento la puerta se encontraba cerrada con llave por dentro, por lo que los bomberos tuvieron que derribarla. Las ventanas había sido soldadas a sus marcos por dentro y no había rastro de Eric por ninguna parte.

Marzo de 2012